

# Barcelona y Carlos IV. La llegada por mar de una visita real

por *Laura García*,  
licenciada en Historia por la Universidad de Barcelona

El análisis y estudio del hecho artístico, la incorporación del tema de la fiesta como elemento plástico y conmemorativo, generador por sí mismo de una exhaustiva investigación y comprensión, es ya un firme elemento integrado dentro del amplio panorama de la configuración artística. La época del Barroco, momento en el que el fenómeno festivo adquiere su más alto grado de expresión, es propicia para demostrar como el estudio integral de las manifestaciones que conforman el mismo nos conduce no solamente a un complemento del ambiente artístico del momento sino que, como fuente de un amplio sentido conceptual refleja modos de vida y nos acerca a la mentalidad general de la sociedad. Porque, en definitiva, el desarrollo de la fiesta implica la interpretación de un acto colectivo en el que el poder y el pueblo se unían por encima de las necesidades, privaciones y toda clase de problemas que sufría el conjunto social.

Desde época lejana, el arte efímero ha sido la expresión plástica de la fiesta. Una de sus distinciones más características era su condición provisional o transitoria, ya que se trataba de una manifestación artística fruto de una acción coyuntural o de un festejo singular, dado que bien se podía enaltecer un triunfo romano, una celebración litúrgica, un fasto cortesano o una representación teatral del Siglo de Oro. Un arte, de escasa longevidad por la extinción de sus materiales y que, no obstante, al combinar una especial libertad y fantasía creativas con una rigurosa dependencia a unos motivos, unos intereses y unos fines muy concretos, expresó los gustos y las modas, los ideales estéticos y políticos, la cultura ideológica y visual de una sociedad histórica determinada.

El rápido desarrollo experimentado por el arte efímero desde principios del siglo XVI puso al descubierto múltiples cuestiones. En el momento en que se consolidan en toda Europa las expresiones de carácter cortesano, el lujo y el derroche, consecuencia de las manifestaciones ocasionales, deben ser razonados bajo la óptica de cualidades propias del mecenazgo contemporáneo. Prácticamente desde el inicio y desde un punto de vista estético, las arquitecturas occidentales adoptaron los cánones clasicistas; su carácter provisional, no definitivo, permitió una mayor libertad y espontaneidad a la hora de seguir las modas o de inventar las formas. Fueron pues, el reflejo de las posibilidades ideativas de cada período, favorecidas también por la caducidad, pero también ductibilidad, de los mismos materiales. El gusto por todo aquello que fuese aparatoso y espectacular no era, no obstante, una característica exclusiva de la cultura barroca, ya

que se había manifestado también en la Edad Media y en el Renacimiento, pero en el Barroco adquirió todo su esplendor. Hablar de Barroco efímero es hablar del revestimiento escénico que decoró la ciudad durante las fiestas del Antiguo Régimen. Arcos triunfales, pirámides, frontispicios y toda clase de decoraciones de fachadas, catafalcos de múltiples formas y finalidades, carrozas y carros triunfales, túmulos o cenotafios, iluminaciones y fuegos de artificio, capillas y altares, tarimas, teatros, perspectivas, etc., conformaron las manifestaciones más comunes de entonces. Y aunque nada ha quedado de tales decoraciones escénicas, podemos recordar aquellas puestas en escena gracias a las detalladas crónicas, descripciones manuscritas y libros impresos manifiestamente concebidos para perpetuar dichos fastos, una literatura que pervivió durante todo el Antiguo Régimen y que acabó conformando un género particular: el de las Relaciones.

En líneas generales, las fiestas se vinculaban a acontecimientos destacados de la vida del rey, como nacimientos, matrimonios y defunciones, y con ciertas finalidades singulares, por ejemplo, las rogativas y las acciones de gracias por la salud de alguno de los personajes reales o para conseguir la sucesión al trono. Otras circunstancias venían marcadas por conmemoraciones de acontecimientos importantes para el reino como las guerras, victorias, paces, alianzas y tratados internacionales y, en casos muy especiales, el nombramiento de algún ministro. Además, hay que añadir las fiestas públicas civiles, como los carnavales, los conciertos, las representaciones teatrales y musicales, las corridas de toros, etc...; y las fiestas públicas religiosas, como las consagraciones de templos y altares, las traslaciones del Santísimo o de cuerpos, las canonizaciones, las beatificaciones, las dedicaciones de una iglesia a un Santo, las procesiones como la del Corpus Christi, la elección de priores, la elevación al cardenalato, los Autos de Fe, etc...

Contrariamente a lo que podría interpretarse de lo expuesto, la fiesta barroca no siempre tenía un aspecto festivo, sino que en ocasiones era la manifestación de acontecimientos de carácter truculento, como ejecuciones, sepelios, etc...

Todos los motivos señalados eran relativamente frecuentes. Existían, sin embargo, momentos especiales, plenos de un significado y en relieve mucho más interesante. Uno de ellos era la transición entre dos reinados. Paralelas a las grandes ceremonias por las exequias del rey difunto se celebraban fiestas por el advenimiento del nuevo rey al trono. Sin

duda, no obstante, e indicado por PÉREZ SAMPER, las fiestas reales más importantes y más celebradas en Cataluña eran las que se hacían con motivo de la visita del rey y de la familia real. Recobrar la presencia regia significaba, particularmente después de largos períodos de distanciamiento, uno de los momentos más sobresalientes del encuentro entre el soberano y el pueblo. Un encuentro expresado simbólicamente a través de dos sistemas rituales el rey y su séquito —la corte itinerante— y el Principado, representado por las autoridades y diversos estamentos sociales, y concreta su manifestación por excelencia en la «entrada real», pública y majestuosa. La última de las visitas reales del Antiguo Régimen fue la de Carlos IV en otoño de 1802, en circunstancias nacionales e internacionales muy diferentes a las de 1759, fecha de la última presencia regia en Barcelona: la de su padre, el rey Carlos III.

### La presencia real en Barcelona: motivos de un encuentro

Barcelona, núcleo vital y esencial de la corona de Aragón, fue la ciudad escogida, tanto por su situación geográfica como significación histórica, para celebrar un doble matrimonio entre las ramas española y napolitana de los Borbones, cuyo poder ostentaba entonces en España Carlos IV. Del 11 de septiembre al 8 de noviembre de 1802, Barcelona fue Corte Real debido a la presencia en la ciudad de los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma y también por la de Luis I y María Luisa Josefina de Etruria. El motivo de la visita, o mansión como se le denomina en los documentos oficiales, fue la solemne ratificación de las bodas entre el Príncipe de Asturias, Don Fernando, con la Princesa María Antonia de Nápoles; y la del hermano de ésta, el Príncipe Francisco Jenaro —heredero del trono de Nápoles, casado entonces con María Clementina de Austria, fallecida por enfermedad, irónicamente, el 15 de noviembre de 1801, poco después de iniciadas las negociaciones— con la Infanta Doña María Isabel, hermana de Don Fernando. Por el denominado ajuste de Aranjuez, todo quedó ultimado entre María Luisa y el Duque de San Teodoro, representante de los napolitanos, el 14 de abril de 1802. Las bodas se celebrarían por poderes en Nápoles el 25 de agosto, y para ratificarlas y proceder al intercambio de cónyuges se eligió (en realidad fue elección de María Luisa) la ciudad de Barcelona como marco de tan solemne acto.<sup>1</sup>

Por lógica, hubiera correspondido la presencia en Barcelona de los Reyes de España y de Nápoles, o de las dos Sicilias, como padres de los contrayentes. Es decir, Carlos IV y María Luisa, de una parte; y de otra, Fernando I y María Carolina. Pero debido a las graves riñas sucedidas en Nápoles

1. Referencia bibliográfica básica en lo concerniente al desarrollo de la línea de este acontecimiento es la de PÉREZ SAMPER, M.<sup>a</sup> de los Ángeles: Barcelona, Corte. La visita de Carlos IV en 1802. Barcelona: Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España, 1973. La autora abre su libro con un estudio histórico del período, el cual, iniciado bajo la inspiración de una princesa de Parma —la reina Isabel Farnesio— parece reanudarse gracias a la iniciativa de otra princesa parmesana —la reina M.<sup>a</sup> Luisa—. La instalación de una infanta española en Nápoles, la soñada reintegración de la Italia meridional en la órbita diplomática española, parecían cerrar el círculo de restauración mediterránea: así adquiere su significado exacto el hecho de que se eligiera a Barcelona como escenario para conmemorar las fiestas reales, a cuyo realce cooperarían también la presencia de la reina de Etruria, desplazada a la Ciudad Condal desde Florencia.

El libro recoge, además toda la serie de minuciosos preparativos a los que se entregó el Ayuntamiento de Barcelona para solemnizar la entrada y estancia de los reyes, al margen de referir todo conjunto de fiestas y diversiones ideadas para que la vida de la corte en la ciudad fuera lo más amena posible.

en 1800 y en 1801, cuando se suscribió el tratado que puso aquel reino en manos de Napoleón Bonaparte, impidieron que la boda estuviese al completo. En cambio, fue a Barcelona Luis I de Etruria, hijo de Fernando, Duque de Parma, y María Luisa Josefina, hija de Carlos IV y María Luisa, es decir, hermana de Fernando y María Isabel. El efímero reino de Etruria (1801-1815) fue consecuencia de una extraña alianza entre Napoleón y las cortes europeas. Este rey estuvo, pues, en Barcelona, acompañado de su esposa María Luisa Josefina y de sus hijos Carlos Luis y Luisa Carlota, nacida esta última precisamente en el viaje por mar a Barcelona.

Tal como señala PÉREZ SAMPER, «era la primera vez que Carlos IV venía a Barcelona. Durante el siglo XVIII la ciudad habría recibido pocas veces a sus reyes. Felipe V la visitó en los primeros años de su reinado antes de que se iniciara la guerra en la que los catalanes tomarían partido por su rival, el archiduque Carlos. Carlos III — que había pasado por la ciudad en 1731 con destino a su ducado de Parma hizo en 1759 su entrada como Rey de España también por Barcelona<sup>2</sup> y en 1802, a principios del siglo XIX, iba a recibir a Carlos IV y a toda la familia real, reunida para celebrar los dobles matrimonios hispano-napolitanos.<sup>3</sup>

Confirmada la noticia, cuyo primer aviso comenzó a hacerse notorio hacia el mes de febrero de 1802,<sup>4</sup> comenzaron los preparativos. Barcelona tenía que disponerse a recibir con gran dignidad y nobleza a los monarcas y a la gran cantidad de personas que vendrían a la ciudad atraída por el esplendor y el deseo de participar en los festejos, iniciados el 11 de septiembre con la entrada real, entre salvas de artillería y repique de campanas, por el camino de la Cruz Cubierta. Mascaradas, cabalgatas, banquetes, bailes, fuegos de artificio, rifas, etc...; proporcionaron a Barcelona durante un tiempo un vistoso engalanamiento, asumido en colectividad.<sup>5</sup>

Tres semanas separaron la llegada de los Reyes de la de los herederos consortes. Finalmente, el día 30, el vigía del castillo de Montjuich anunció que la escuadra real conduciendo a los príncipes de Nápoles estaba a la vista, concluyendo de esta forma un viaje que había durado siete días. La escuadra de S. M. estaba «compuesta de los navíos y fragatas siguientes: el Príncipe de Asturias, de 114 cañones, al mando del Brigadier Don Joseph Pascual de Bonanza, el Gue-

2. Galindo Blasco, Esther: Barcelona y Carlos III. Análisis de los actos festivos y manifestaciones efímeras con motivo de la proclamación, y feliz arribo y estancia del rey en la ciudad. Barcelona: Tesis de Licenciatura inédita, 1989.

3. Pérez Samper, M.<sup>a</sup> de los Ángeles, *op. cit.*, pág. 81-82.

4. «Torna a resucitar la especie de si venir los nostres catolichs reys a Barcelona...»; Amat Cortada: Calaix de Sastre, vol. XXIV, pág. 12. Además, en el Ceremonial del Ayuntamiento correspondiente a 1802, conservado en el archivo Histórico, consta con fecha 3 de marzo de 1802 que D. Pedro Cevallos, Primer Secretario de Estado, comunicó el 27 del mes anterior al Ayuntamiento y Corregidor de Barcelona, y en contestación a una carta confidencia suya, que efectivamente era cierta la intención del viaje y que este se verificaría en septiembre, por lo que se debía empezar a arreglar los caminos sin pérdida de tiempo. Recomendaba el comienzo inmediato de las obras para habilitar el Real Palacio «... previniendo a la persona que corra con este encargo que no se ha de dar color en Puerta ni ventana alguna, por que la Reyna ntra. Sra. no puede sufrir el olor a pintura...» La misma documentación (Carpeta de Representaciones y Acuerdos, n.º 7), informa que se preparó todo con el mayor cuidado, preguntando al Ayuntamiento de Sevilla qué hizo cuando la estancia del rey en aquella ciudad, y se revisó lo efectuado en Barcelona cuando llegó el rey Carlos III, en 1759, procedente de Nápoles.

5. «De su estancia entre nosotros nos quedaba un placentero recuerdo, porque Barcelona tuvo una temporada de bailes, corridas de toros, luminarias y otras diversiones, que no había más que pedir, y Barcelona era entonces una ciudad que, en punto a animación y bullicio, no era gran cosa más que los que hoy es Zaragoza. Del rey no nos podíamos quejar, pues siempre mostró por esta ciudad una especial simpatía».

Coroleu, José: *Memorias de un Menestral de Barcelona (1792-1864)*. Biblioteca de «La Vanguardia»; Tip. de La Vanguardia, 1901, pág. 17.

rrero, de 74 al del Capitán de Navío Don Agustín de Figueroa, el San Christóbal de Bahama, de 74, al de la misma clase Don Dionisio Galeana, la fragata Soledad, al del Capitán de aquella clase Don Antonio Quesada; y la Casilda, al del Capitán de igual clase Don Lino Truxillo; siendo Comandante General de dicha Escuadra el Teniente General de la Real Armada el Excmo. Sr. Marqués de Socorro: conduciendo a la Serenísima SEÑORA PRINCESA DE ASTURIAS, y el PRÍNCIPE REAL DE NÁPOLES, con unas cien personas de comitiva, poco más o menos». <sup>6</sup> Saludada la escuadra por setenta salvas de artillería disparadas desde Montjuich, desde las murallas y desde los navíos anclados en el puerto, tras los preceptivos saludos con los reyes de España en el desembarco, se dirigieron todos juntos a Palacio, donde esperaban los príncipes Fernando y María Isabel con la corte.

Por otro lado, firmemente decididos a no ausentarse de Barcelona y de las reales bodas, a pesar de la frágil salud de él y el avanzado estado de gestación de ella, llegaron los monarcas toscanos a principios de septiembre a Liorna, procedentes de Florencia y acompañados por el Conde de Selvatico, desde donde emprendieron viaje por mar hacia Barcelona días más tarde de lo previsto ante el repentino empeoramiento del rey Luis. La escuadra de los monarcas estaba «compuesta de los navíos Reyna Luisa, de 120 cañones, Argonauta, de 74, fragatas Atocha y Flora, al mando del jefe de Escuadra de la Real Armada Don Domingo de Nava; conduciendo a SS.MM. los REYES DE ETRURIA Y PRÍNCIPE REAL, que desembarcaron felizmente ayer a las nueve y media de la mañana». <sup>7</sup> Divisados los barcos desde Montjuich el día 3 de octubre, tras 7 días de navegación, el teniente general Don Federico de Gravina se acercó en el lugre Dafne para saber noticias de SS.MM. enterándose de que la reina María Luisa Josefina había dado a luz una princesa el día anterior. La noticia, transmitida a tierra por medio de señales previamente establecidas, fue confirmada por el Conde de Selvatico, que había desembarcado en Mataró para adelantar el esperado suceso. Debido a los problemas causados por el viento contrario, la escuadra no pudo echar anclas hasta las dos de la tarde del día 4 y Carlos IV fue inmediatamente al navío Reyna Luisa para ver a su hija. A las siete y media de la mañana del día siguiente, se embarcó nuevamente S.M. y volvió a las diez con el rey y la Reina de Etruria, siendo esta conducida a Palacio, acondicionado en la Aduana, en una camilla. El mencionado día 4, a las 8 de la noche, se procedió a la ratificación de los augustos matrimonios, ejerciendo de padrinos los monarcas españoles. Dicha función se celebró en el «Real Palacio en una de las piezas de la Cámara de S.M. a cuyo fin se había preparado un altar magnífico por la Real Capilla. Asistió a la celebración como propio Párroco el Eminentísimo Señor Cardenal de Santander, Patriarca de las Indias, revestido de medio Pontifical; en cuya ceremonia fue servido por seis Capellanes de Honor de S.M. con capas Pluviales. Concurrieron a esta función los Grandes Xefes de Palacio y otras personas de la primera distinción». <sup>8</sup> A partir de aquí se abrió

de nuevo el mecanismo festivo dado que «Con tan plausible motivo se publicaron las gracias que el Rey, y la Reina Nuestros Señores se sirvieron hacer el referido día 4. Este mismo día y los dos siguientes hubo Gala con uniforme e iluminación las 3 noches sobresaliendo en todas ellas la de la Casa del Consulado por su primor y variación.

La mañana del lunes la destinó S.M. para el besamanos de los Agraciados. En la celebridad de feliz desposorio del Príncipe de Asturias Nuestro Señor vino en conceder S.M. un Indulto general a todos los Desertores de sus Tropas; como también a los Presos que se hallaban en las Cárceles de Madrid y demás del Reyno que fueren capaces de él en los términos que se concedió cuando se verificó el matrimonio de S.M. con la Reyna su muy cara y amada Esposa. las noches del 5 y 6 hubo Mascara Real». <sup>9</sup>

Otro de los favores concedidos por Carlos IV hace referencia al gran número de ascensos y honores de todas clases otorgadas al Ejército y a la Marina; en este último caso, ascendió a capitán el marqués de Socorro, que había mandado la escuadra que trajo de Nápoles a los príncipes, a tenientes generales, fueron ascendidos 14; a jefes de escuadra, 12; a brigadiers, 35; a capitanes de navío, 39; a capitanes de fragata, 67; a graduado, 1; a teniente de navío, 164; a tenientes de fragata, 215; a alféreces de navío, 222; y a alféreces de fragata, 138. En total se contabilizaron 908 ascensos. <sup>10</sup> Concedió, además, un gran número de honores a militares y civiles, tanto de España como de América, junto a toda una serie de gracias otorgadas a los napolitanos.

Amat y Cortada, en su célebre *Calaix de Sastre*, relata el episodio en que, embarcado un día el Rey Carlos IV en una de las fragatas que se hallaban en el puerto, los marineros le pidieron la concesión de dos favores: la jubilación si se continuaban las campañas y el que se les permitiera vestir uniforme. Guardado el correspondiente memorial presentado, preguntó el monarca si tenían alguna petición más, a lo que ellos respondieron negativamente. Al día siguiente se presentó ante los marineros con una orden firmada por la cual concedía las dos gracias pedidas junto a la otorgación de una tercera, consistente en una paga de cuatro reales diarios a cada marinero. Ante su generosidad, la tripulación aclamó calorosamente al monarca. <sup>11</sup>

Cambiado el ritmo de vida ante la presencia real, Barcelona y sus habitantes se adaptaron rápidamente a las innovaciones y se aprestaron a disfrutar el máximo posible de todo cuanto se derivase de tal situación. No obstante, algunas cosas resultaron inmutables para los propios monarcas, como por ejemplo la afición de Carlos IV a la caza y a la pesca, actividad esta última a la que se dedicó con mayor preferencia ante la escasez de piezas en Montjuich y Pedralbes. Se embarcaba temprano muchas mañanas en el lugre Dafne, junto a una comitiva en la que sobresalía el teniente general Gravina de entre una escogida tripulación, para ir a pescar en la rada del puerto, excursiones en las que, según el testimonio del mencionado Amat y Cortada, el éxito solía ser casi seguro.

Entre las múltiples actividades llevadas a cabo por S.M. derivadas de su condición real, destaca la visita que realizó al navío de la Real Armada, de 74 cañones y al mando del capitán D. Nicolás Mayorga, que había anclado en el puerto.

6. *Diario de Barcelona*, n.º 273, 1 de octubre de 1802, pág. 1.205.

7. *Diario de Barcelona*, n.º 278, 6 de octubre de 1802, pág. 1.227-1.228.

8. Noticia de las fiestas y funciones con que se celebraron en Barcelona los Desposorios del Serenísimo Señor Príncipe de Asturias con la Serenísima Señora Doña María Antonia hija de los Reyes de las dos Sicilias, y el de la Señora Infanta Doña María Isabel hija de nuestros Augustos Soberanos con el Serenísimo Señor Príncipe Don Francisco Genaro hijo de los Reyes de las Dos-Sicilias. Manuscrito conservado en el Archivo Histórico de Barcelona, pág. 25.

9. Noticias de las fiestas y funciones... (*Op. cit.*), pág. 25.

10. Folletos Bonsoms, n.º 1.818 bis y n.º 1.799. Barcelona, 5 de octubre e 1802. Lista de Ascensores en la Real Armada.

11. Amat y Cortada, *op. cit.*, vol. XXV, pág. 410.

Fragment del manuscrit del viatge de la comitiva,  
de Barcelona a Figueres.

Continuación del Itinerario para el viaje que S. M. M. resolu-  
vieron hacer a la Villa de Figueras, saliendo de Barcelona el día 21.  
del corriente mes de Octubre de 1802.

Tuesday día 21.

Salieron S. M. M. para Arenys... 5 Leguas  $\frac{1}{4}$   
Fuente Pie, a la izquierda.

Bora ó prueba de Cañones, a la derecha.

Vista de los varios Páños de blanquear las piezas de Indiana dere-  
cha e izquierda.

Hospital de S. Martí...  $\frac{1}{2}$

San Martí, Lugar regular.  
Río Besòs muy ancho, y se vadea ..... 1.  
Meson de San Adrián, allí  
S. Adrián Pueblo regular, izquierda .....  $\frac{1}{2}$   
Vista de muchas Casas de Campo, las mas con agua de pie  
Badalona, Lugar de gran Caserío hermoso  
y cómodo .....  $\frac{1}{2}$   
Castillo ó fuente de Mongat, es de gran vista sobre el Mar, y de mucho  
Casas de Campo .....  $\frac{1}{2}$   
Meson de Mella con mucho Caserío .....  $\frac{1}{4}$   
Mella numeroso Pueblo, a la izquierda.  
Meson de Masnou con varias Casas de Campo .....  $\frac{1}{4}$   
Masnou Pueblo grande a la izquierda.  
Meson de Premiá con mucho Caserío .....  $\frac{3}{4}$   
Premiá gran Pueblo, a la izquierda .....  $\frac{1}{2}$   
Meson de Vilasa con mucho Caserío .....  $\frac{1}{4}$   
Vilasa Pueblo grande a la izquierda .....  $\frac{1}{2}$   
Meson de Argentona con buen Caserío .....  $\frac{1}{2}$   
Argentona buen Pueblo a la izquierda .....  $\frac{1}{4}$   
Matxo, Ciudad grande y hermosa de mucha industria, y numerosa  
Matricula se fabrican Encargos y Blondas con mucha abundancia  
y proximor tambien hay fabricas de Indianas  $\frac{1}{2}$   
Hospital de las Animas con varias Casas ..... 1.

Conciertos, bailes públicos de máscaras, teatro, presiden-  
cia de la construcción de monumentos conmemorativos,  
corridas de toros, el viaje en globo del capitán Lunardi, etc...,  
conformaron la parte lúdica de la estancia. Desde Barcelo-  
na hicieron los Reyes, junto a los monarcas toscanos y la per-  
tinentemente comitiva, un viaje a Figueras, saliendo el 21 de octubre  
y regresando a la ciudad siete días después. Resulta curioso  
observar el itinerario establecido, según un manuscrito de la  
época, y las breves descripciones de todos aquellos sitios por  
los que pasaron en su recorrido «habiendo recibido SS.MM  
en los pueblos de la carrera, y en dicho Figueras, pruebas  
patentes del afecto de sus leales vasallos y del jubilo general  
que les causa su Augusta presencia». <sup>12</sup>

Tras la alegría y júbilo de la llegada, la paulatina par-  
tida de los miembros de la familia real era irremediable; así  
el 12 de octubre, a las ocho y media de la mañana, se embar-  
caron para realizar el viaje de vuelta los príncipes de Nápo-  
les. La despedida resultó muy triste, y la reina María Luisa  
pidió al Obispo que se hicieran misas y rogativas en todas  
las iglesias de Barcelona para desearles un feliz viaje. El día  
3 de noviembre la *Gazeta de Barcelona* publicaba: «Por la  
Fragata Atocha al mando del Capitán del Navío Don Juan  
Ignacio Bustillos que fondeó en Rosas el 26 del pasado, des-  
tacada de la Escuadra de S.M al mando del Excelentísimo  
Sr. Marqués del Socorro, se ha sabido la agradable noticia  
de haber llegado felizmente a Nápoles a las nueve de la maña-  
na del día 19 del pasado los Serenísimos Señores Príncipe

y Princesa, sin haber ocurrido novedad alguna en su viaje» <sup>13</sup>  
tras la marcha de los príncipes de Nápoles, las fiestas conti-  
nuaron para el resto de la familia real.

Los últimos días de estancia de la Corte en Barcelona  
transcurrieron en medio de fiestas y obsequios; a los que se  
celebraron en honor del Rey en el día de su santo —4 de  
noviembre— se unieron los de la despedida. En los últimos  
días del mes de octubre comenzaron a llegar los carros que  
debían trasladar todo el equipaje de la comitiva regia. Final-  
mente, el día 8 de noviembre, a la una de la tarde, partieron  
SS.MM. en dirección a Montserrat, primera etapa de su viaje  
a Valencia, y desde la que prosiguieron hacia Cartagena y  
Aranjuez, lugar donde llegaron sin novedad el sábado 8 de  
enero de 1803 a la una de la tarde.

Respecto al regreso de los Reyes de Etruria, que habían  
acompañado a los monarcas españoles hasta Cartagena, «se  
embarcaron en el navío Reyna Luisa el mismo en que vinie-  
ron SS.MM a Barcelona y en que ocurrió el feliz alumbramiento  
de la Señora Reyna de Etruria; y no habiéndose hecho  
a la vela al día siguiente por la mañana volvieron a bordo  
los Reyes Nuestros Señores, y se despidieron de sus ama-  
dos hijos, dando las señales más patentes de la ternura pater-  
nal más extremada. El 29 por la mañana se hizo a la vela  
con viento favorable la escuadra, compuesta de los navios  
Reyna Luisa y Bahama, y las Fragatas Venganza y Flora, al  
mando del teniente General Don Domingo Nava... Los Señores  
Reyes de Etruria, siguiendo felizmente su viaje, llegaron

12. Noticia de las fiestas y funciones... (op. cit.), pág. 33-35.

13. *Gazeta de Barcelona*, 3 de noviembre de 1802.

sin la menor novedad al puerto de Liorna, donde se embarcaron en medio de vivas y aclamaciones de un numeroso concurso el día 7 de enero de 1803 a las once y media de la mañana... La Escuadra del mando del teniente General de la Real Armada Don Domingo de Nava, en que los Señores Reyes de Etruria se trasladaron desde Cartagena a Liorna, ha vuelto en 9 días desde este puerto al de Cartagena, donde entró el día primero de febrero de 1803».<sup>14</sup>

Igual que la alegría había dominado en la llegada de los monarcas la tristeza presidió su marcha. Barcelona recobró paulatinamente su pulso normal, aunque «la visita de los Reyes se iba a convertir... muy pronto en un recuerdo feliz de una época irremediamente perdida. Nuevas y graves preocupaciones iban a ocupar dentro de muy poco el primer plano, dejando atrás los recuerdos. La paz, la recuperación social y económica que vivió Barcelona y España entera en ese año de 1802-1814. Aquellas brillantes fiestas que celebraron las dobles bodas hispano-apolitanas serían un fuego de artificio en el cielo de la historia [...]

Los matrimonios napolitanos destinados a estrechar los lazos que debían unir a dos cortes hermanas, en que reinaban los dos hijos de Carlos III no iban tampoco a dar los frutos que de ellos se esperaban. Sirvieron solo para producir una completa ruptura entre las dos familias reales y entre los dos gobiernos.

La corte, tras un recorrido triunfal por toda la costa medi-

terránea, de Barcelona a Valencia y Cartagena, regresó a Aranjuez. A la inicial decepción de la nueva princesa de Asturias, María Antonia, se sumaba otra más grave. Por timidez o por frialdad, Fernando en el primer año de su matrimonio fue sólo un marido aparente. Después todo cambió y en torno a los Príncipes se fue configurando un nuevo partido que dividiría decisivamente a la Corte española. La Princesa era una figura clave de la nueva situación y los enfrentamientos con la Reina se sucedían sin descanso.

Pero cuando tras muchos sufrimientos la Princesa comenzaba a resignarse a su suerte con una cierta alegría y se iba haciendo más española, la muerte vino a poner fin a su vida prematuramente. En la primavera de 1806 —el 21 de mayo—, a los veintiún años, María Antonia moría en Aranjuez.

El otro matrimonio, el de Francisco Jenaro y la Infanta María Isabel, tendría trascendencia para la historia española. Hija de los príncipes reales de Nápoles —después reyes de las dos Sicilias— sería María Cristina de Borbón, cuarta esposa de Fernando VII y madre y regente de Isabel III [...]

Las dobles bodas hispano-apolitanas de 1802 celebradas en Barcelona fueron no sólo las últimas fiestas y alegrías de Carlos IV y María Luisa, sino de toda su época. Eran el canto de cisne de aquel mundo dieciochesco irremediamente llamado a desaparecer entre las sombras del «tiempo perdido».<sup>15</sup> Feliz expresión de cuanto hasta aquí narrado quedó recogido en los versos de la siguiente Cançó Real:

## LA FAMA EN LO PARNAS

### CANÇÓ REAL

[...]

Festiu tumulto admira en Barcelona,  
Y que ab Real pompa gloriantse ufana,  
De gran triúmfo nobles mostrás dona:  
Llavors sas alas mansament aplana,  
Voltejant forma en torn móvil corona,  
Y' s para en una altura comarcana:  
Queda allí inmóvil, sols lo cor li salta;  
Li sobra 'l pasmo; l' esperit li falta.

Brillar allí dels Soberans d' Espanya  
L' esplendor mira qual de Sol y Lluna,  
Y en la Prole Real que' ls acompanya  
Molts Astres reunir sas llums en una:  
Veu que trabant unió no poc estranya  
S' avenen entre sí Gloria y Fortuna.  
Qu' à tres parells unexen de Persones  
La venturosa sort de dos Coronas.

Del Himenéu veu ser empleadas  
En Empresa tan gran las mans supremas:  
Teixidas d' or y seda tres llassadas  
Sostenian pendants los dos Diademas;  
Las cintas ab diamants veu adornadas,  
Y ab ells entreteixits mots y emblemas;  
D' Espanya y Parma en una divisa,  
Y' Is noms Llegex de Carlos y de Lluisa.

La tal llassada ja de temps cenyida  
Ab anells d' or estretament estava,  
Y la Corona en sa orla ab art brunyida  
Lleons y castells al viu gravats mostraba:  
L' altra llassada novament unida  
Ab semblant modo, è iguals anells quedaba:  
Fernando, Antonia son noms que acompanya  
Ab los Blassons de Napolis y d' Espanya.

Un altre llas de sí pendent tenia  
La principal d' immens tresor Corona;  
El llas trece sol mitg nüat cenyia  
La qu' era en ordre y en lo preu segona;  
Mes tan gran brillo de sí despedía  
Lo Diadema primer à la rodona,  
Que la sobrada llum tant sols revela  
De Francisco lo nom y de Isabela.

La tal visió d' sobrehumana  
Atonits de la Fama 'Is ulls tenia  
Al temps que de Mitjorn à Tramontana  
Mólt lloc en l' ayre atravessat prenia,  
Un núbol perfilat d' or y de grana,  
Qu' entera la Ciutat devall cubria:  
Y en vivas resonaba l' alta Esfera,  
En vivas l' humil vall, y la ribera.

14. Noticia de las fiestas y funciones... (op. cit.), págs. 80-81.

15. Pérez Samper, M.<sup>a</sup> de los Ángeles, op. cit., págs. 174-176.

Peró en l' azul pendent precipitada  
 Corrent anaba al mar la llum del dia,  
 Y ab negre manto ja la nit tapada  
 De son cotxe estrellat lo curs regia,  
 Quand ab prest vol per l' ayre remontada,  
 de la Ciutat la Fama se desvía;  
 Y encaraque al Parnas lo cos transporta,  
 En Barcelona té l' ánima absorta.

Arriba allá; y no obstant la gran fatiga  
 Que ab excessiu calor son pit suffoca,  
 En fer oir lo seu clarí no triga  
 Ab que las Musas en breu temps convoca,  
 Y lo qu' allí relata las obliga  
 A estar pendents llarc rato de sa boca:  
 Tant las commou lo que' en alt tó pregona  
 Haber poc antes vist en Barcelona.

En fi en aquell Congrés se determina  
 Repetesca sovint sont vol la Fama,  
 Y desde qu' ab sa flama matutina  
 L' aurora per lo Cel consols derrama  
 Desde Monjuic, qu' à la Ciutat domina  
 Y al Mar que platejat bax sos peus brama,  
 Ab los cent ulls que té en doble filéra  
 De l'antes vist noticia prenga entera.

Se resol igualment que s' posaría  
 La nova relació en noble tonada,  
 La que á só de instruments despres sería  
 Per las nou Musas à dos chors cantada,  
 Y ab punta de diamant la dexaría  
 En taulas de llorer Febo gravada;  
 Y son aplauso aucells y font donáren  
 Al tal decret que acordes celebráren.

Desde aquell témps la Fama al ayre entrega  
 Tots los matins las alas pressurosas;  
 En alt Monjuic durant la llum sossega,  
 Y post lo Sol, se aboca ab lass nou Diosas;  
 Y, lo que 'ls va contant quand las congrega,  
 L'ansiosa boca obrint, ouhen gustosas;  
 Y fan que à un témps retrone la Montanya  
 Ab Nomns y Fets dels Soberans d' Espanya.

Eco 'l só escampa Ninfa parladora,  
 Y l' alat vent ab pressa lo dilata:  
 En quant seguex lo Sol tras de l'Aurora  
 Aquells augustos Noms la Gent ataca:  
 El poble Catalá sa sort millora,  
 Y ab dols transport s' eleva, y s' arrebatada;  
 Y esta Epoca imprimex en la memoria,  
 La mes felis séns dubte de sa Historia.

En momunents no s' fia Catalunya,  
 Alçats de bronze ab vasta arquitectura;  
 Ni en metalls del Perú medallas cúnya  
 A fi de eternisar la llur ventura;  
 Ni menos lo burí ò la escarpa empunya,  
 Pera formar d' aço en marbre escriptura.  
 Las edats per la Fama sabedoras  
 Serán de aquest succes, y à ella deutoras.

Será sempre present lo famos dia,  
 Que la Esfera posá ab nous raitgs dorada,  
 Quant véu la Capital que amanexía  
 Doble Planeta, ab que s' quedá illustrada:  
 Será present qu' eencaraque finía  
 Prop de Occident Apolo sa jornada,  
 Sos raitgs vitals à menos no 's trobáren  
 Put llum els ulls, y 'ls cors ardor cobráren.

Aixi influiren ab sa Real presencia  
 Los Soberans, qu' ab la bondat moderan  
 Sa magestad, y que per la clemencia  
 De sos benefets mes que pe' l' dret imperan:  
 Príncipe, è infants se veu que la influencia  
 També dels primers Astres reververan,  
 Putx qu' ulls y cors ab dolça força tiran,  
 E igual respecte à un témps y amor inspiran.

Ab bronze fulminant las Fortalesas,  
 Y ab triunfals vivas los carrers sonaban;  
 Al ayre los canons ardents pavesas,  
 Y més encesos vots los pits soltaban.  
 ¡Qu'atonits los sentia y que sorpresas  
 Las potencias de tots ab pesmo estaban!  
 D'armas guarnitss alguns la marxa obrían,  
 Y ab l' ánima rendits tots la seguían.

¿A que, Gran Rey, de guerra l'aparato,  
 Al temps qu' à vostres peus tots se rendían?  
 Los Ciudadans però en l' antic omato  
 De sa Guardia d' honor mostrar volían  
 Que, si conve, los Catalans retrato  
 Serán d' aquells Antics, que arremetían,  
 Fiels als Comptes, hassanyas ja may vistas,  
 A preu de sang comprantlos mil Conquistas.

Ja may ab fausto igual véu tan festiva  
 De sos Emperadors Roma l' entrada.  
 Si aquella Capital mostraba altíva  
 Trofeos, Arcs y xurma encadenada;  
 La llealtat fina aqui del Rey captiva  
 Ab cadenas d' amor segui lligada:  
 Y bax del Iris, que la Pau figura,  
 La pompa sé elevá à major altura.

¡Y quants y quals trofeos à porfia  
 Cada Vassall ab l' esperit alçaba!  
 Cada ullada dels Reys, à mil rendia  
 Y à mils los cors y affectes arrastraba.  
 Y com l' amor del Poble s' aplaudia  
 Qu' en triunfals rodas à sos Reys tiraba;  
 La roda axi anhelaba de Fortuna  
 Fixar à son favor l' ansia comuna.

Ni nostra Capital rendí homenatge  
 De sos Fills sols; putx foren ocupadas  
 Las sendas y camins per tot paratge  
 De las Gents qu' acudian com à onadas:  
 El Nort foren los Reys de tal viatge,  
 Y port sa vista en que dexá fixadas  
 (Gosant d' entera calma y de bonança)  
 Las ancoras cada hú sa esperança.

Dels actius braços de l' Agricultura.  
 Llavors la falta camps y prats trobaren;  
 Y al Cel abandonats y à la natura  
 Ab gust sos fruyts no menos tributaren.  
 Els Arts sossego en esta conjuntura,  
 Las tendas y oficinas observaren:  
 Mes si dels Artesans la má cessaba;  
 Dintre sos pits l' Amor mes treballaba.

Gran Carlos, amat idol de l' Espanya,  
 Del trono honor, de nostre Siggle gloria,  
 De sang umplint y estragos la campanya  
 Que vagen altres Reys tras la Victoria:  
 No cuydant d' ells, atenta à Vos s' afanya  
 La Fama en celebrar vostra memoria;  
 Y triunfo més glorios vos assegura  
 Unida à vostre honor nostra ventura.

Ameu que'l Poble séns brugit de guerra  
 D' alegre impuls mogut Pare 'us aclame  
 Y lo Marcial furor, que tot ho aterra,  
 Dexeu qu' en sa caverna amarrat brame:  
 Però si 'l Fat contrari lo desferra;  
 No s' trobará Vassall que no derrame,  
 Sens que tardança posa à guarda mida  
 Lo trono defensat, or sang y vida.

Peró entretat, Senyor, la pau nos dona  
 Que à vostra sombra cresquen ab pujansa  
 Arts, y Comers en bé de la Corona;  
 Y que Fortuna incline sa balança,  
 A favor nossstre; y qu' en vostra Persona  
 De prop vejам unida ab bella aliança  
 L'augusta Magestat que Vos rodeja,  
 Y 'l rostro afable en que l' amor campeja.

Entorn de Vos ab est motiu reunida  
 La gent veureu de affecte arrebatada,  
 Tant si regiu à un briós caball la brida,  
 Com si carrossa ' us tira ab art dorada,  
 O quand per Vos la Mar sa furia olvida  
 Y sa planura ostenta platejada,  
 Copiant de aquella calma la figura,  
 Que vostre cor respira, y nos preocupa.

[...]

El Fat ordena que de tots cantada  
 Sia, Augustos Borbons, la excelsa gloria;  
 Y vol qu' ab vostres fets quede aumentada  
 Del Siggle d' or la memorable Historia:  
 En digne arxiu de est modo eternisada  
 Sols finirá ab lo Mon vostra memoria.  
 A est Decret posarán ab ma oportuna  
 Son sello 'l Temps, sa firma la Fortuna.

FI

«Respetosos afectos con que las Escuelas Pías de la provincia de Cataluña aplaudian el feliz arribo de sus magestades el Rey Nuestro Señor Don Carlos IV. Reyna Nuestra Señora Doña Maria Luisa; y real familia; y el almo hinmenso del Serenísimo Señor Principe de Asturias Don Fernando con la Serenísima Señora Doña Maria Antonia Princesa de Napoles. Con Licencia.

Mataró, año MDCCCII. Por Juan Abadal Impresor.»